

La noche del miércoles 11 de diciembre de 1996 una caravana de Televisa se desplaza por la Calzada de los Misterios. La policía abre paso entre los peregrinos que duermen a las afueras de la Basílica de la Virgen de Guadalupe. Las cantantes, los actores, los conductores de programas de concursos apenas miran a esa ralea de pobres que caminan año con año, desde hace siglos, entre polvaredas, sin comer, sin dormir, sólo para ir a pedirle milagros a la Virgen. Tapados apenas con sarapes, los niños sostenidos en rebozos, la multitud guadalupana que ha caminado durante semanas enteras para llegar al atrio y rezar durante segundos —se camina ante la imagen; los sacerdotes no permiten que nadie se detenga— ve, adormilada, cómo pasan las camionetas de Televisa, con sus vidrios polarizados. La multitud enciende fogatas, sahumadores, anafres. Adentro de las camionetas de Televisa hay calefacción. No se puede distinguir a la cantante Lucero haciendo gárgaras de vinagre con dos vasos para eliminar las flemas. Ella no repara en los miles que le abren paso a una indicación de las patrullas de la policía: hace poco se ha convertido a la religión del neomexicanismo que ve en la Virgen de Guadalupe una deidad volcánica que cuida el flujo de energía entre los chakras planetarios. Ella no cree en los milagros, sino en conectar la energía con el planeta. Por eso se viste de blanco. Su gurú le ha dicho que ése es el color de las energías que harán circular la era de Acuario por el canal de Panamá, desde los volcanes mexicanos hasta los Andes.

En otra camioneta va Raúl Velasco que, ahora, se considera más cerca del budismo y de lo que él llama la “yoga meditativa” que del guadalupanismo, pero que sabe que hay que asistir al espectáculo de la fe por televisión: Televisa ha ayudado a levantar la nueva basílica, así como en otro tiempo construyó el Estadio Azteca. Religión y fútbol son las dos piernas de la televisión mexicana. El animador de Televisa ha hecho ayuno: no ha cenado. Se ha puesto caracoles alrededor del cuello, para “llevar algo indígena”, como ha explicado a sus asistentes —su hijo— antes de subir al auto.

Arriba, en un helicóptero, el dueño de Televisa, Emilio Azcárraga Milmo, sólo ve una larga fila de peregrinos que se convierten en círculos cuyo centro es atravesado por sus camionetas. Un cuadro abstracto, como los que ha coleccionado obsesivamente una de sus esposas, Paula Cussi. Este año, *Las mañanitas a la Virgen* no pueden ser otro programa más de televisión. La fe está en riesgo y, con ella, Televisa. El propio abad de la Basílica, Guillermo Schulenburg, en el que tanto confió en otras décadas, enloqueció al decir, después de 33 años al frente de la abadía, que el indio que miró por primera vez a la Virgen de Guadalupe, Juan Diego, “no era una realidad, sino un símbolo”. El Vaticano se trastornó con las declaraciones. Con ellas Schulenburg se oponía a la canonización del indio mexicano y destruía la mitad del mito guadalupano: que los milagros existen, que todo lo espiritual es, también, material. Que la Virgen era un enlace entre indios y poderosos. Tras recibir las quejas del Vaticano extendidas en mano por su enlace en Televisa, Aurelio Pérez, Azcárraga había montado en cólera y exhibido las supuestas propiedades del abad de la Basílica en sus noticieros: residencias de lujo, autos, casas de campo en la Toscana donde él mismo había comido, insinuaciones de que tenía hijos con varias mujeres.

—Pero tú tienes hijos con varias, yates, castillos, colecciones de pintura —le había criticado a Azcárraga un amigo muy cercano, si es que tenía alguno.

—Sí, pero yo no me digo santo.

Al final del linchamiento mediático, el Vaticano despidió a Schulenburg de la abadía, junto con Carlos Warnhotz, el arcipreste, al que le sacaron sus muebles, ropa, baúles, a la calle, después de 20 años de vivir en la casa sacerdotal.

Así que *Las mañanitas a la Virgen* no eran ese año un asunto de trámite, ni siquiera de creencia: muchos en Televisa ya no eran guadalupanos. El propio Emilio se había convertido a la cienciaología. Sus culpas, llamadas por los cienciaólogos “engramas”, las había repetido frente a su “auditor” en Los Ángeles, California, una y otra vez, con un detector de mentiras atado al pulso, delante de una grabadora. Los cienciaólogos sabían más de él que cualquiera de sus hijos y de sus esposas. Sabían, por ejemplo, lo del XB-PEX. Y sobre sus amantes, sobre sus vicios.

—Todos tenemos una nave espacial en nuestro pasado —lo había calmado una vez en Miami el actor John Travolta. Un mes después, Televisa hacía un programa para popularizar los pasos del “disco”, *Fiebre de Sábado*, con el bailarín Fito Girón disfrazado de Travolta, para hacer de la película un fenómeno masivo en México.

Emilio creía en la cienciaología, a la que sólo podían acceder los “upstat”, los exitosos. Los demás, los pobres, tenían que trabajar de esclavos para conocer sus enseñanzas. No los guadalupanos, que tenían una religión de “jodidos”, de himnos murmurados, de imágenes hechas con flores, conchas, hojas de maíz. Emilio despreciaba la idea de la resignación, de la espera —esperanza— de quedarse quieto hasta que el milagro sucediera. Él prefería ser tratado como un hombre exitoso, de acción, que lograba cada uno de sus cometidos, porque el éxito atrae el éxito. Eso se repetía en la dianética de Los Ángeles, California, ahora que le habían descubierto cáncer por segunda vez. El cáncer se sentía distinto desde el aire, dentro del helicóptero, desde arriba, viendo a esos peregrinos inmundos. Él no pedía un milagro. Lo merecía.

Para Emilio Azcárraga Milmo esta visita a la Basílica era una operación de emergencia. Bendecido el nuevo atrio por el arzobispo

Miguel Darío Miranda, la Virgen requería ahora un rescate televisivo, con nuevas canciones, en voz de las estrellas de mayor *rating*, y con el uso de los enlaces en vivo por satélite. No era, como en tiempos de su padre en la radio, una celebración en la que todo se reducía a una transmisión interferida donde, acaso, “los Pedros” —Infante y Vargas— entonaban *Las mañanitas* desde 1932 (año en que el gobierno amenazó con quitarles la concesión de radio por “no ser laicos”). No, esta vez lo que estaba en juego era la fe mexicana, tras un año de crisis económica, en la que incluso Televisa había estado a punto de ir a la quiebra. Emilio Azcárraga casi se persignó mientras el aparato bajaba en el helipuerto de la Basílica en cuya pista lo esperaba el cardenal Norberto Rivera. Dudó si esa visita a la Virgen pudiera granjearle un milagro. El cáncer de Emilio era incurable, cuestión de días, de meses, decían el doctor Borja y los médicos de Houston, su verdadera patria. Ni la ciencia, ni su dictador extraterrestre Xenu, ni la Virgen podían salvarlo. Con ese abandono a medias, Emilio bajó lentamente del helicóptero, tomándose de los barandales, ayudado por sus guardaespaldas. El arzobispo salió a saludarlo con los hábitos volando, sosteniéndose el solideo con una mano.

—Hola, pecador —lo saludó Emilio Azcárraga, gritando sobre el ruido de las aspas.

—Hola, diablo —reviró el arzobispo.

Ambos se sabían. Ambos ocultaban que se sabían. Ambos se otorgaban el perdón. Si lograban que el indio Juan Diego —el que vio a la Virgen de Guadalupe por primera vez— se convirtiera en santo, los dos harían millones. Al menos ésa era la idea. Se estrecharon la mano en el sobreentendido de que, para uno, esa misa iba a ser la reivindicación del poder de la Iglesia Católica Guadalupana y, para el otro, la reivindicación del poder de Televisa como creadora de mitos. Cuando entraron por la parte de atrás de la Basílica quedaron de frente al olor de los peregrinos, a mugre, polvo, fogatas y copal. Las radiaciones y las quimioterapias le habían desarrollado a Emilio

el sentido del olfato. Las pestes de la Basílica le hicieron taparse la nariz. El arzobispo lo miró de reojo y se sonrió:

—Aquí están los jodidos para los que haces tu televisión.

—Por eso se las envió por satélite, cabrón, para no olerlos. Puta madre. ¿Qué no puedes poner un sistema de ventilación?

—Lo tenemos, pero la pobreza se adhiere.

Había dos pantallas planas, 10 cámaras, unidades satelitales; las cantantes ya estaban alineadas en orden de aparición; se hacían pruebas de audio, “sí, sí, dos, tres, cuatro, cinco, cinco, cinco”. Emilio Azcárraga saludó con la cabeza al *floor manager* de la Basílica y, por primera vez en dos décadas de dianética, cerró los ojos y se persignó. Luego, hizo una indicación con los dedos:

—En cuatro, tres, dos... comenzamos.

* * *

Emilio nunca llegó a recibir el cadáver de su padre. Su viejo había muerto un sábado al cinco para las nueve de la mañana de 1972 en el Hospital Metodista de Houston, su tierra natal. Lo ocultaban, pero los Azcárraga no eran mexicanos, eran texanos, acaso el lugar más antimexicano del mundo, por las semejanzas, como todas las largas enemistades. Emilio recibió una llamada tempranera de su madre, Laura Milmo, desde Estados Unidos y por cobrar:

—Vamos con el cadáver de tu padre en un avión Braniff y llegaremos a la plataforma “olímpica” del aeropuerto. Cañedo consiguió que nos dieran trato de presidentes.

—Ahí estaré —aseguró Emilio.

Pero no llegó. Se dio vuelta en la cama y miró la curva que hacía bajo la sábana su cuarta esposa, *la Güera*. Ella misma se llamaba “Paula Cussi”, a pesar de que, en verdad, la habían bautizado con el menos glamoroso Encarnación Presa Matute. Emilio todavía no se había divorciado de la hija del presidente de Celanese en México, Nadine Jean —a quien había conocido porque su compañía, Viscosa

Mexicana, cuenta de Edmundo Lasalle y Domingo Alessio Robles, se anunciaba en el programa *TV Revista*—, pero hacía trescientos sábados que no despertaba con ella, ni veía a su hijo. Emilio cerró los ojos y repasó lo que había planeado para ese momento, para el día en que, finalmente, su padre se muriera. Suspiró.

—¿Quién era? —preguntó, pastosa, Paula, que decía los horóscopos y el clima en los noticieros de la televisora de Azcárraga.

—El futuro —respondió Emilio—. Mi padre se murió, al fin.

Paula se volteó y lo abrazó. Él sintió una repulsión al olor de las pesadillas de la noche anterior, al maquillaje y las cremas para dormir, pero le murmuró sobre el cabello que olía a grasa y a acondicionador:

—Desde ahora tú y yo podremos vivir juntos. ¿Te gusta la casa de Shakespeare y Lafayette?

—No la conozco. ¿Es grande?

—Es el futuro.

El avión Braniff con el cadáver de Emilio Azcárraga Vidaurreta aterrizó en la plataforma que menos de cuatro años antes se había utilizado para recibir a los presidentes en la inauguración de la Olimpiada México 68. Eran casi las siete de la noche del 23 de septiembre de 1972. Llovía. Media hora después, dentro de los cadillacs de Guillermo Cañedo, iban el inventor de los mundiales de estilo Televisa, Alejandro Burillo en uno; en la limusina viajaban Laura Milmo, su hermana, y los Mascareñas lo hacían en un tercero. Llegaron a la casona embrujada de Reforma 1435 con el féretro. Adentro de la caja de caoba, el dueño de la radio mexicana y de la mayor televisora de América Latina yacía, cumplidos los 77 años, consumido por el cáncer. La caja iba ligera. Los choferes bajaron primero para guarecer al cortejo fúnebre con paraguas. Los zapatos de boutique, los italianos hechos a la medida, pisaron los charcos sobre la Avenida Reforma y se enfilaron detrás del féretro para hacer la primera guardia: Laura, su esposa; Amalia Gómez Zepeda, su secretaria durante 30 años; Alejandro Burillo y Eduardo Mascareñas, sus concuños. Nunca su hijo Emilio.

Cuando llegó el cadáver de su padre, Emilio estaba en la sala de televisión recordando un día en particular, 20 años atrás. Era otro sábado, el 12 de enero de 1952, y apenas tres horas antes había terminado la última de sus 103 despedidas de soltero. Se iba a casar por primera vez. Todas y cada una de las noches desde octubre del año anterior habían sido de borrachera, fiestas que empezaban en Madrid y terminaban en vomitadas en los canales de Venecia, despertares con los ojos emborronados que veían siluetas que abrían la puerta y se iban sin despedirse. La noche anterior había estado con el hijo del presidente, Miguel Alemán, de cabarets. Y se le hizo tarde para lo que tanto había insistido su padre, la inauguración de Televisión, la primera Televisa, en Chapultepec 18:

—Es un día histórico, *Príncipe* —le dijo su padre por teléfono—. Llega puntual y sobrio, por favor.

Con el lazo del esmoquin desabrochado, greñado y sin un zapato, llegó tarde, dando brinquitos para no ensuciarse el calcetín. Pero fue inevitable, terminó apoyando el pie sin zapato para abrirse paso entre la multitud que ya oía la bendición del arzobispo Luis María Martínez:

—La televisión mexicana está llamada a ser punto de unión de la familia y de México en la fe.

Su padre, enorme, calvo, desde atrás del podio lo miró llegar desorientado. Le dirigió una de sus miradas de rabia y desprecio. Estaban distanciados desde siempre, pero más desde que Emilio había decidido dejar la Academia Culver, en Indiana, para casarse con Gina. No era buen estudiante. Sólo había aprobado Biblia, equitación y, por si fuera poco, en español no había obtenido 10. Como buen texano, Emilio había aprendido del castellano sólo los insultos. La discusión sobre dejar la Academia Culver, donde se disciplinaba a los hijos de los ricos latinoamericanos, terminó casi a golpes entre el padre y el hijo. Emilio le gritó:

—Pero si el papá de Gina lo conoció a usted cuando contrabandeaban juntos oro hacia Estados Unidos. Él me lo contó.

—Shondube era un vil ladrón de joyas que entraba a las haciendas aprovechando el caos de la Revolución.

—¿Y usted no?

El padre tomó el cenicero de pie recubierto con latón y se lo aventó a Emilio. Él lo esquivó con un brazo y el cristal cortado terminó por estrellarse contra el ventanal de la sala que daba al jardín. El vidrio fue reparado en menos de una hora, pero padre e hijo tardaron meses en hablarse de nuevo. Y, para colmo de males, en la inauguración formal del edificio que albergaría a la televisión mexicana, en Chapultepec 18, Emilio llegaba desorientado y sin un zapato. Era el lanzamiento del gran proyecto de su padre, una televisión para las amas de casa que comprarían lo que se les anunciara: electrodomésticos, colchones, café soluble y jabones. Una televisión para vender. Era la obra de la vida de su padre, que había comenzado al enlazar a los artistas del cine con la radio, en la XEW, y terminaba ahora, enlazando las voces con la imagen, en la televisión. Ante los periodistas, los fotógrafos, los mirones, su padre había sentenciado la particular importancia de su flamante televisora:

—La radio es mi esposa: para ella, nada. La tele es mi amante: para ella, todo. Hasta lo que no me pida.

Hubo risas. Era 1952.

Al verlo llegar sin un zapato, a Emilio le hicieron un hueco en el podio. Saludó a su padre con un gesto de la cabeza que le hizo caer sobre la cara el copete, encanecido prematuramente. Su padre se acercó a decirle algo al oído. Emilio lo recordaría por siempre:

—Hoy no dejaste de ser *el Príncipe* —susurró su padre con ese tono texano con el que aprendió a hablar el castellano—. Sólo pasaste a ser *el Príncipe idiota*.

Su padre le clavó la mirada. Él sólo pudo responderle con los ojos rojos y nublados. Emilio supo ese día que su padre no le confiaría jamás ni las radiodifusoras ni la televisión.

Veinte años después, con el cadáver de su padre velándose en la sala atestada de cantantes, actrices, cómicos, locutores, publicistas

y políticos, Emilio se sentó a pensar viendo las fotografías en las paredes de la sala de televisión de su padre: delante de su primera automotriz, dentro de su tienda de fonógrafos, delante de la XEW, flanqueado por Pedro Vargas y Agustín Lara, dándole la mano a Miguel Alemán en un “Día de la Libertad de Expresión”. Recordó entonces aquella frase de su padre: “Vender cosas no te hace rico. Yo vendí el aire y veme”. Sus ojos de príncipe recorrieron las fotos y no se ubicó en ninguna. Su padre había mandado quitar alguna donde él estaba, de niño, jugando en la arena de Acapulco. Poco a poco, su padre lo había ido eliminando de sus orgullos.

Emilio recordó, sentado en la sala junto a donde velaban a su padre, a otro cuerpo: el de su primera esposa, Gina Shondube, por la que se había salido de la Academia Culver y de casa de su padre. Después de ella hubo esposas, jamás amores. Él le decía a Gina *Pato*, por la forma en que su boca se jalaba con todo y nariz hacia un pico. La había conocido en unas vacaciones de Semana Santa en México y, simplemente, ya no regresó a la academia de latinoamericanos jugando a ser gringos. Todo lo demás fueron preparativos para la boda y 103 despedidas de soltero. Se casaron por la iglesia en el santuario de Regina y, a pesar de que Emilio le pidió a su padre que con su poder en la radio consiguiera a Pedro Infante, sólo le llevaron a María Luisa Carvajal para que cantara el *Ave María*. De hecho, su padre se negó a ser testigo de la boda. Emilio no lo necesitaba: los testigos eran el presidente de México, Miguel Alemán; su secretario de Hacienda, Ramón Beteta, y Tomás Braniff, hijo de quien había dicho durante la Revolución: “Madero quiere que voten hasta las masas ignorantes, personas que ni siquiera saben que son mexicanas”. Pero ahora, en 1952 los *juniors* de la Revolución estaban en su boda en la iglesia de Regina: el llamado Club 22, todos réplicas de los nombres del padre, pero con el Jr. atrás, en una sucesión de la monarquía del dinero heredado: Othón Vélez Jr., Miguel Alemán Jr., Gabriel Alarcón Jr., Emilio Azcárraga Jr., Rómulo O’Farrill Jr. Él entró del brazo de su madre, Laura Milmo, y ella, Gina, la

novia, con su padre, el alemán Heine Shondube, que solía robar haciendas abandonadas durante la Revolución para vender el oro, la plata y las joyas en Estados Unidos. Pero antes de que entraran, una paloma negra se metió a la iglesia, chocó contra el altar, justo donde se alza la Reina del Cielo, se cayó al suelo, dio unos pasos y se desplomó.

La riqueza tiene mucho de agandalle pero también de azar. Los poderosos suelen ser supersticiosos, y esa paloma inmóvil en el altar los hizo santiguarse a todos. Un monaguillo retiró la paloma muerta y entraron los novios.

Cuando, tras la ceremonia, Emilio y su padre se abrazaron, éste le avisó:

—A ver cómo le haces para mantenerla, porque no te voy a dar nada.

Ser rico y no tener la ayuda de tu padre es muy distinto a ser pobre. Con el hijo del presidente Alemán, Emilio comenzó una compañía de venta de publicidad que aprovechaba la fuerza de la XEW: si compras publicidad en nuestra televisora, nuestras estaciones de radio te hacen un descuento para anunciarte. Trabajaban en el día traficando con influencias entre la radio, la televisión y la Presidencia de la República, y por las noches se iban de farra a los cabarets de San Juan de Letrán. De mañana, crudos, eran integrantes del Club 22, los hijos de los 22 que movían el poder, el dinero y las influencias en México, y de noche se liaban en besos ahogados con *escorts*, meseras y putas en apartados —como el de El Quid, propiedad de quien se convertiría en uno de los productores de telenovelas, Ernesto Alonso— reservados, que estaban arriba de donde los demás bailaban al ritmo de orquestas y artistas que la XEW había inventado.

—Yo hago a los cantantes de América Latina —había dicho su padre— por una simple razón.

—¿Para que sean los mejores? —preguntó un reportero.

—No, para que sean los únicos.

Peleado con su padre, en los ocho meses posteriores a su boda, Emilio llegaba de madrugada a casa de Heine y Aurora Shondube para encontrar a Gina, su *Pato*, aletargada, tirada en una cama empapada en sudor. Recordó aquellos ataques en los que los brazos y piernas de su esposa se movían sin control, el cuello jalándole la mandíbula, los ojos en blanco, la espuma por la boca. Ella, tan bella, tan grácil, se convertía en un robot destartado de un segundo a otro y había que correr a meterle un pañuelo en la boca para que no se mordiera la lengua. Emilio se horrorizaba con esos ataques y se quedaba petrificado, mientras su suegra corría con el pañuelo listo. *Pato* sólo vivió ocho meses de casada y embarazada. Fueron tan pocos que Emilio y ella nunca alcanzaron a salir de la casa de los suegros, en la calle de Lamartine. Más rápido que su embarazo creció el tumor en la cabeza de *Pato* y un día de septiembre de 1952 ella y el bebé se desvanecieron. Lo que el padre de Emilio le dijo por teléfono fue:

—Ay, *Príncipe*, ni siquiera sabes escoger a una mujer sin defectos de fábrica.

Tras sepultar a su *Pato*, Emilio se fue de borrachera; es decir, meses sin saber en qué ciudad europea se despertaba, aunque siempre con Miguel Alemán Jr. Fue éste quien una noche en Le Petit Noailles, en Pigalle, le avisó:

—¿Supiste que tu papá nombró a tu cuñado como administrador general de Televisión?

—¿Cuál cuñado? —gritó Emilio, entre la música y las conversaciones de las putas sentadas en las piernas de los de la mesa de junto.

—¿Cuál va a ser? Fernando.

Él ya sabía que su padre no lo tenía a él contemplado como heredero de su epopeya televisiva. Eso quería decir *Príncipe idiota*. Que se hubiera decidido por Fernando Diez Barroso, casado con su hermana la grande, Laura, no le sorprendió mucho: después de todo, era hijo del primer contador titulado de México. Su padre no creía

al hijo capaz de administrar una empresa, ni de escoger una esposa, ni de estar a tiempo en ningún lugar. Eso ya lo sabía. Detrás de sus lentes oscuros, Emilio sólo le bufó PFFFF a Miguel Alemán Jr. y se sirvió más champaña. GLUGLUGLU.

Callados, entre el escándalo de la música y los zumbidos de la borrachera y todavía los estragos de la visita al fumadero de opio en Pigalle, Emilio reunió la fuerza para preguntarle a Miguel Alemán Jr.:

—¿Ahora quién se anda picando a Rosita Arenas?

Alemán esbozó una sonrisa:

—Mi papá no me dejó casarme con ella.

—Pásamela. Yo me caso con ella —aventuró Emilio.

Pero dos semanas después, Emilio se estaba defendiendo de la decisión de casarse con una actriz. Desde una silla. Era una silla que medía dos metros y a la que se subía mediante una escalera. El padre de Emilio la había mandado construir así, con unas indicaciones precisas en el papel cuadriculado de un memorándum dirigido al taller de carpintería de Televisión. El taller era dirigido en esos años por Avelino Artís-Gener, *Tizner*, un caricaturista que había llegado con Luis de Llano Palmer con heridas de la guerra civil española, y había pasado por la compañía de publicidad Grand Advertising. A Artís-Gener le faltaba el ojo izquierdo. Le decían *Tizner* porque le encantaba decir que lo suyo era “hacer tiznaderas”. Cuando recibió la orden de construir una silla de dos metros, se subió el parche del ojo para tratar de leer mejor, según él: era su forma de denotar alarma. Y levantó la silla descomunal con madera de encinos y clavos. Le adjuntó una escalera, que no venía en el dibujo, para que los acusados treparan a la silla como si escalaran al patíbulo.

Si el padre de Emilio te ordenaba ir a la silla, significaba que te iban a regañar: subías la escalera, te sentabas con la mirada hacia la pared, el dueño de la televisión mexicana pateaba la escalera, y no había forma de bajarse de ella, a menos que saltaras. Era un banquillo

de los acusados en el que no veías a quien te increpaba, sino que sólo lo escuchabas como a Dios. Emilio oyó esto con la cara hacia la pared, que estaba rematada por una luz de foro de televisión que le daba justo en los ojos:

—Te prohíbo que escojas a tus esposas —le dijo su padre—. La primera, defectuosa, hija loca de un ratero. Ahora la actriz Rosita Arenas, que es una perdida que ha pasado por las armas de todos nosotros. En estos momentos parece que tiene un romance con Pedro Infante y Luis Aguilar, al mismo tiempo. Los dos al mismo tiempo, *Príncipe*. “A toda máquina.”

—Seré el cuarto en el trío, entonces.

—*Príncipe*: un Azcárraga no puede desposar a una mujer que atenta contra la moral, un deshecho, una dañada, una piruja. Necesitas enmendar tus decisiones.

—La dejo —respondió Emilio—, pero ¿a cambio de qué?

—¿Qué quieres? Dinero lo tienes, mientras obedezcas. No voy a permitir que tu vida sea un basurero.

—Dame un puesto en Televisión como el que le diste a Fernando.

El padre lo meditó un instante. Emilio sintió la dureza de su asiento de encino, miró hacia abajo a su propia sombra, pequeña: hasta la luz del despacho estaba diseñada para hacerte sentir menos, “ninguneado”, esa palabra tan mexicana.

—Le vas a ayudar a Luis de Llano a programar. A ver si aprendes al menos eso. Pero dame una garantía de que no verás más a la Rosita Arenas.

—No te lo puedo prometer. Ahora mismo está filmando con Clavillazo. Sé dónde está el set.

—El chiste, *Príncipe*, no es que sepas; es que no puedas llegar a él —concluyó su padre y lo bajó de la silla.

Fue por eso que a Emilio lo mandaron a San Sebastián, en el entonces lúgubre país vasco franquista; para que meditara sobre su conducta y “rehiciera su vida”, que hasta ese instante era, según